



## MARX, FUNDADOR DE LAS CIENCIAS SOCIALES

Néstor Kohan<sup>1</sup>

La actualidad de *El Capital* de Karl Marx no depende de un acto de fe, confianza o simples convicciones. Los datos de la realidad demuestran que el capitalismo está en crisis. No es un invento de los marxistas.

La crisis desatada a partir de 2008 todavía no se cierra. Por el contrario, se multiplica y potencia; se va desplazando de continente a continente y se le van sumando nuevas crisis y nuevas contradicciones. Un ex director del Departamento del Tesoro de EEUU reconoció que es más profunda aún que la crisis de 1929.

Como resulta innegable la emergencia de la crisis, los propios capitalistas (propietarios del capital industrial, bancario, financiero; hoy dueños del planeta) reconocen públicamente que ésta no disminuye: ¡se multiplica! Por eso el marxismo continúa vigente, pues constituye la principal teoría que durante un siglo y medio ha venido explicando no cómo funciona el capitalismo, sino las formas sociales específicas a través de las cuales el capitalismo genera crisis y las potencialidades que se abren para derrocarlo.

<sup>1</sup> Autor de varios libros y estudios. Entre otros, de los libros *Marx en su (Tercer) Mundo* (1998); *“El Capital”: Historia y método* (2003) y *Fetichismo y poder en el pensamiento de Karl Marx* (2013).



El marxismo se articula a partir de una gran narrativa (con pretensiones críticas y al mismo tiempo científicas y políticas) que aporta su carácter explicativo sobre la crisis y el estallido de múltiples contradicciones antagónicas, entrecruzadas, sobredeterminadas, entrelazadas en un conjunto de nudos dialécticos que ni los propios apologistas del capital saben cómo desanudar, frenar o morigerar.

A pesar de esos indicios contundentes, de esos síntomas observables y difíciles de esconder, en el campo teórico de la izquierda percibimos muchas ambivalencias, temores, vaguedades y falta de seguridad. Nos animaríamos a afirmar que en importantes segmentos de la izquierda argentina (por lo menos en la izquierda institucional que es la que hoy predomina en nuestro país) lo que no está directamente marcado por un desarme teórico... se parece demasiado a un complejo de inferioridad. Aunque el régimen capitalista derrama sobre los sectores populares explotación, miseria, exclusión, racismo, destrucción de la naturaleza y muchas otras formas de degradación social, el marxismo “de buenos modales” y certificado de “buena conducta” no se anima a arremeter con fuerza e impugnar en toda la línea a la sociedad oficial. Hoy en día, principalmente en Argentina, predomina cierto espíritu “a la defensiva”.

A contramano de esta tendencia, en la vida real, la crisis no juega a las escondidas. Se muestra desnuda y brutal. Por eso la gran obra que la estudia y hunde en ella el escalpelo y el bisturí —*El Capital*— está plenamente vigente. Ese es un punto de partida insoslayable, para comprenderla y para intervenir en ella.

En el ámbito de las ciencias sociales las modas pasan pero las grandes teorías quedan. Desfilan voceros, relatos, jergas, tics y pretensiosas “superaciones del marxismo”. Todos los veranos aparece una nueva, compitiendo con un nuevo corte de cabello, un modelo innovador y chic de lentes para el sol o una desconocida marca de pantalones. Invariablemente se anuncia como el “*best seller*” del año, pero... *El Capital* queda ahí, imponente e intacto.

A decir verdad, Karl Marx no ha tenido ni tiene un rival de peso. ¿Cuál es la teoría que lo ha superado? Pensamos en una teoría





social con pretensiones holistas, hermenéuticas y totalizantes, que pueda explicar el conjunto de la vida social y no meramente retazos, parcelas aisladas e inconexas.

La derecha nos gana a los tiros, a golpes de bastonazos policiales o a través del marketing propagandístico, televisivo y con manipulación electoral, pero a nivel teórico... no hemos perdido ningún debate. Si dejamos a un lado el complejo de inferioridad, ese es un dato relevante e inocultable de la historia política argentina. El marxismo no perdió debates. Hemos perdido, primero, en la confrontación y en el ejercicio de la fuerza material. Y luego de recibir bombardeos a la población civil, picana, torturas, violaciones, robos de bebés, desapariciones, fosas comunes, persecuciones y encarcelamientos masivos durante varias décadas, a continuación hemos perdido en el campo simbólico de la propaganda y en la construcción renovada de hegemonía (entendida como un gran articulador de la estructura de sentimientos populares y sentidos con los cuales se vive día a día la cotidianidad). No hemos perdido, en cambio, en el campo teórico. Aunque el marxismo militante y revolucionario pretendió ser “borrado” a sangre y fuego de las aulas universitarias (asesinando a profesores y estudiantes, quemando libros, suprimiendo sus textos y materias de la curricula universitaria), no ha podido ser aplastado. Sigue incomodando. Continúa como una piedra en el zapato de los discursos legitimantes del poder de turno. La gran tarea, entre las infinitas que tenemos por delante, nos interpela y nos reclama traducir en fuerza social y política operante la fortaleza teórica inexpugnable del marxismo en general y de *El Capital* en particular.

Expresado en un lenguaje más coloquial, nos ganaron a los tiros, pero no perdimos los debates ni nos pudieron refutar. Los poderosos, los millonarios, los capitalistas y el imperialismo, tuvieron más fuerza, no tuvieron más razón. Algo básico y simple pero no por ello menos importante. Conviene no olvidarlo ni confundirse para no rendirse ni “tirar la toalla”, para no identificarnos con nuestros agresores ni interiorizar su ideología como si fuera nuestra, es decir, para no desarmarnos en el terreno moral (condición básica impres-





cindible para no quebrarse y, apostando en un futuro a cambiar las correlaciones de fuerza entre las clases, retomar la lucha por la revolución y el socialismo).

Desde la derecha hay circulando muchas teorías en disputa, una hipótesis suplanta a otra, una jerga sucede a otra, década tras década, año a año, pero no trascienden, no perduran en el tiempo, no explican nada. Ninguna teoría llegó “para quedarse”. Frente al marxismo, simplemente desfilan y pasan. Y llegado el caso extremo y caricaturesco, simiesco, grotesco, ni siquiera hay teoría; muchas veces la burguesía y sus ideólogos reemplazan la pretensión teórica por la simple “puesta en escena” y el gran relato (aún el de derecha) deja su lugar, tristemente, al pensamiento débil de la autoayuda, el marketing y la ingeniería electoral, que en sí mismos constituyen un anti-pensamiento crítico (nos referimos, para dar un sólo ejemplo, al «HIJO DE» un gran pensador, patético portador de apellido prestigioso, Alejandro Rozitchner, hoy ideólogo oficial del gobierno del presidente Mauricio Macri y otros similares rumiadores de discursos legitimantes).

Aún con sus deformaciones históricas (desde el stalinismo manualesco hasta las vertientes trotskistas vernáculas, cada día más parecidas, por su institucionalismo a ultranza, a la socialdemocracia de Juan Bautista Justo) no sucedió esto con el marxismo. No ha habido una teoría del mismo rango explicativo omniabarcador que aunque sea se aproxime o posea una capacidad similar a la obra de Karl Marx para explicar, desde la historia de la conquista de América, los reiterados genocidios y la acumulación originaria del capital hasta la inflación cotidiana, pasando por las temáticas más diversas: las formas actuales de subjetividad atravesadas por la hiperconectividad y la posmodernidad, las diversas manifestaciones de la sujeción cultural neocolonial, las relaciones sociales de dominación entre las clases, la dependencia estructural de nuestra formación económico-social frente al imperialismo, los ciclos, patrones y modelos de acumulación del capital, la combinación de ejercicio de fuerza material y formas recicladas de construcción hegemónica, etc.etc. En suma: no existe una teoría similar ni de idéntico calibre



a las muchas que aporta *El Capital* y la tradición político-cultural que en aquella obra se inspira.

Hay teorías parciales, sí, es cierto. Existen pretensiones de teorías elásticas que se intentan adaptar con forceps a la lógica específica y singular de cada nuevo o viejo movimiento social. Algunas de ellas fueron formuladas (desde los cenáculos académicos de París o New York) intentando confrontar con el marxismo, fundamentalmente después de las derrotas político-ideológicas post 1968 y bajo la influencia perniciosa del eurocomunismo, corriente que logró aglutinar una cantidad no despreciable de intelectuales de fama y renombre mundial, marcados a fuego por la ofensiva conservadora neoliberal y las desorientaciones e imposturas del althusserianismo tardío y sus derivados. (Recuerdo la confesión, valiente y honesta, que muy pocos se han atrevido a reconocer públicamente, expresada por el profesor argentino Emilio De Ípola, epígono local del althusserianismo, cuando en su libro *Althusser, el infinito adiós*<sup>2</sup> señaló sin ambigüedad que de la mano de Althusser él y muchos de sus colegas se fueron y abandonaron el marxismo). De allí en más, tras la derrota de la rebeldía del 68 europeo, la crisis moral del eurocomunismo rendido de rodillas ante el socialliberalismo y la debacle del althusserianismo y sus múltiples derivados post, el marxismo radical de factura académica renunció a impugnar como totalidad al sistema capitalista mientras abandonaba como algo “añejo” y *démodé* la lucha revolucionaria por el poder. De este modo se adaptó a la pasteurización que la Academia norteamericana pretendió inocular en la teoría crítica (esforzándose por barrer, con desesperación y a los manotazos, desde la herencia insurgente de Lenin hasta los estudios críticos de la Escuela de Frankfurt, incluyendo toda una gama de rojos intermedios).

Esos relatos parciales y deshilachados, nacidos de la impotencia política tras las desventuras del 68 europeo, quisieron reemplazar al marxismo. A pesar de toda la “ayuda” que recibieron de las usinas del sistema, fracasaron rotundamente. Esos relatos, muchas veces

<sup>2</sup> De Ípola, Emilio (2007), *Althusser, el infinito adiós*, Buenos Aires, Siglo XXI, p. 56.





aciertan en sus descripciones de opresiones singulares, pero no pasan de ser pequeñas pinceladas de la realidad, pues carecen de una explicación global de conjunto. Algunos de ellos dan en la tecla correcta del extractivismo, otros en la opresión de género, algunos más aciertan al describir cómo funcionan las cárceles, etc. Pero ninguno de todos ellos permite dar cuenta de todas las opresiones al mismo tiempo. De una buena descripción puntual del fragmento (el que sea) infieren en forma no justificada un supuesto programa para el conjunto, lo cual es inválido. Hacen de necesidad, virtud. Parten de lo que es y de allí extraen la errónea conclusión de que “así debe ser”. ¿Estamos fragmentados? Sí. Entonces proclaman “¡Viva la fragmentación!”. Antigua falacia naturalista (así se denomina en la disciplina lógica): partir de “lo que es” y de allí deducir un falso “deber ser”. Por eso ninguno de estos relatos fragmentarios, inconexos, mutuamente excluyentes y renuentes a intentar explicar la totalidad, puede reemplazar al marxismo. No permiten construir una contrahegemonía. Más bien la obstaculizan. En lugar de articular un arco multicolor contra el gris mediocre del capital, se quedan, cada uno, satisfecho, con su pálido color local. La única conclusión posible que de ellos deriva es la impotencia política para arremeter contra el sistema capitalista en su conjunto y para articular las diversas opresiones en un frente de lucha contrahegemónico que permita unir y articular todas las víctimas del sistema.

Esta es una de las razones principales por la cual sostenemos que no existe una teoría superior al marxismo y a las principales hipótesis que nos brinda *El Capital*, curioso y exótico cadáver... que es enterrado año a año. Todavía estamos esperando un rival de la misma envergadura de Marx. El marxismo sigue desafiando los saberes establecidos. Pasan las décadas y no aparece el rival anhelado. Por eso consideramos que *El Capital* de Marx tiene vigencia. Su actualidad, su pertinencia, su vigor, no deriva de ningún fanatismo ciego y dogmático. Tampoco de viejas y desgastadas nostalgias. Es la realidad social de la crisis capitalista (en sus múltiples contradicciones antagónicas) que marca dicha actualidad y es la orfandad teórica de la burguesía que fundamenta nuestra aseveración.



En el caso específico de las ciencias sociales, retomamos una tesis del joven Lenin que escribió con apenas 24 años, en 1894, el libro *¿Quiénes son los amigos del pueblo y cómo luchan contra los socialdemócratas?*<sup>3</sup> “¿Quiénes son los amigos del pueblo?” era la manera irónica con la que Lenin se refería a los últimos populistas rusos, no a los populistas revolucionarios con los que simpatizaba Marx, sino los populistas ya degradados que se habían derechizado y que se habían vuelto anti marxistas. ¿Quiénes eran los “socialdemócratas”? Los marxistas revolucionarios. En esa polémica contra los populistas degradados y derechizados de fines del siglo XIX Lenin formula una hipótesis que creemos que tiene plena actualidad: Marx es el fundador de las ciencias sociales contemporáneas.

En 1894 el futuro líder bolchevique y máximo dirigente de la revolución de octubre de 1917 sostiene que *El Capital* aporta una serie de teorías y conjunto de hipótesis que no tienen rival en la historia. Y afirma y demuestra su tesis incluso en una época en que ya había un conjunto de pensadores y estudiosos neoclásicos de peso, serios, como Eugen von Böhm-Bawerk, un profesor austriaco que se había tomado el trabajo de leer los tres tomos de *El Capital* y había intentado encontrar inconsistencias lógicas al interior del pensamiento de Marx. A pesar de semejante esfuerzo.... no pudo demoler a Marx. Quedó impotente.

Contra todas esas críticas (populistas, marginalistas, neoclásicas, etc.), Lenin formula la hipótesis de que *El Capital* de Marx es la obra que funda las ciencias sociales contemporáneas. Yo creo que esa hipótesis de Lenin reviste escandalosa actualidad.

Dejo para otra ocasión la discusión sobre el objeto de estudio de *El Capital*. También me permito, por razones de espacio, postergar para otra oportunidad la demostración detallada de porqué Marx no sólo es el teórico de la explotación económica sino también y al mismo tiempo el teórico del poder y la dominación. Y por último, prefiero diferir para algún otro trabajo la exposición y los argumentos que sostienen el lugar central que ocupa la teoría crítica del

<sup>3</sup> Lenin, V. I. (1972), en *Obras Completas*, Buenos Aires, Cartago, Tomo I, pp. 139 a 350.



fetichismo en toda esta obra de Marx, no sólo al final del primer capítulo de *El Capital* como durante muchos años se creyó.

Como eje de esta intervención me quedo, entonces, tan sólo con dos formulaciones. Simples, sencillas, modestas, pero hoy políticamente centrales. Marx es el fundador de las ciencias sociales contemporáneas y su principal obra tiene plena vigencia porque nos permite comprender la lucha de clases y la crisis capitalista.

